

temple humano y sobranatural del futuro Fundador del Opus Dei. A la luz de su ejemplo, verdaderamente heroico ya en los primeros años, los lectores tendrán la posibilidad de admirar la inefable acción de la gracia en las almas bien dispuestas y, al mismo tiempo, podrán echar una ojeada a su propia vida, para ponerla más en sintonía con el proyecto que Dios ha trazado para cada uno de sus hijos" (p. 13). Hay que destacar que el libro aporta interesantes datos sobre los seminarios de esta época. También, sobre todo el proceso de la maduración de la vocación humana y espiritual de san Josemaría, en la que no faltaron dificultades. Sin embargo, como señala Mons. Echevarría, su vida de oración y de sacrificio comienza a producir sus frutos, que: "influyeron positivamente en las personas que le rodeaban: profesores y alumnos del seminario de San Carlos y de la Universidad. Un solo ejemplo: el hecho de que, con sólo 20 años, fuese nombrado Inspector del Seminario (no había ecibido ninguna de las Órdenes Menores: sólo la tonsura clerical, que le administró personalmente el Cardenal Soldevila, Arzobispo de Zaragoza, en septiembre de 1922), es señal de la madurez que ya había alcanzado en aquellas tempranas fechas, explicable sólo como consecuencia de su intenso trato con Dios. Con razón podemos aplicarle unas palabras de la Sagrada Escritura, que tanto amaba referir a las personas jóvenes que se acercaban al Opus Dei: *super senes intellexi quia mandata tua servavi* (Sal 118 (119), 100), tengo más discernimiento que los ancianos, porque guardo tus mandamientos. Su biografía, en efecto, podría sintetizarse en pocas pero decisivas palabras: buscó y amó, siempre y en todo, el cumplimiento de la Voluntad de Dios".

E. FORMENT

ALFREDO SÁENZ, *El pendón y la aureola*, pp. 485, Buenos Aires, Ediciones Gladius, 2002, cm. 14 x 20, ISBN: 950-9674-60-5.

Con este título simbólico de héroe y de santo, el P. Alfredo Sáenz, el conocido escritor jesuita argentino, agrupa cuatro biografías ejemplares, "La de una mujer singular que alcanzó los altares y el doctorado de la Iglesia, Santa Catalina de Siena. La de un estadista americano de la talla de los antiguos monarcas y cruzados del Medioevo, Gabriel García Moreno. La de un profesional que convirtió su oficio en plegaría viva elevada a la Santísima Trinidad, Antonio Gaudí. La de un joven admirable, que alistó su juventud -su hombría toda de católico y patriota- cuando el Alcázar de Toledo se batió contra el infierno rojo: Antonio Rivera". Sin duda, el personaje más importante es Santa Catalina de Siena, que, como indica el autor: "Es una santa bastante desconocida en la actualidad, sin embargo la Iglesia le ha rendido grandes honores en el curso de la historia. En 1383, su cuerpo fu solemnemente transportado a la Iglesia de Santa María sopra Minerva, en Roma, y allí reposa bajo el altar mayor (...) Fue el papa Pío II (...) quien la canonizó el año 1461. Su fiesta litúrgica se celebra el 29 de abril (día su muerte). Pío IX, que tanto la veneraba, la declaró copatrona de la ciudad de Roma, juntamente con los apóstoles Pedro y Pablo. En 1939, Pío XII la proclamó patrona de Italia, en compañía de San Francisco de Asís. Pablo VI, por su parte, en un gesto tan insólito como trascendental, la declaró Doctora de la Iglesia Universal, junto con Santa Teresa (...) Más recientemente, en octubre de 1990, el papa Juan Pablo II le declaró Patrona de Europa, juntamente con Santa Brígida de Suecia y Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein). Se unen así a los tres Patronos anteriormente proclamados, San Benito, San Cirilo y San Metodio" (pp. 11-112). El P. Sáenz, advierte además, lo que sería aplicable a todos los santos: "Ella nunca nos ha pedido que la imitemos. No nos será posible hacerlo, por cierto, en la excepcionalidad de su vocación, a la que correspondieron medios y caminos poco comunes. Por lo demás, no radica en ello la santidad, y por ende tampoco la imitabilidad. Cada alma tiene su derrotero, propio e intransferible. Ni siquiera a Cristo, que se dijo 'Camino', hay que imitarlo materialmente. Pero lo que sí podemos imitar de Catalina es su entrega generosa e incondicional al cumplimiento de la 'idea' que Dios tuvo de ella desde toda la eternidad. Eso sí está a nuestro alcance, con la ayuda de la gracia" (p. 112).

E. FORMENT

JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS, *Josemaría Escrivá como escritor*, Madrid, Rilap, 2002, pp. 124, cm. 12 x 19, ISBN: 84-321-3395-7.

El escritor y poeta José Miguel Ibáñez Langlois, en esta obra, analiza como crítico literario los escritos de Josemaría Escrivá, uno de los autores espirituales más leídos en nuestros días. Una de sus conclusiones es que el fundador del Opus Dei posee: "un estilo singularísimo y poderoso, por más que su autor lo haya forjado como de paso y al servicio de la más acendrada transparencia espiritual, o sea, de la suprema 'sinceridad' del alma. En efecto, todos sus escritos se reconocen por esa infrecuente propiedad que consiste en traslucir siempre la vida vivida, la substancia palpable de su experiencia en acto; nunca el relleno, nunca la mera retórica -hay una retórica eclesiástica- o el producto del laboratorio verbal." (p. 16). En definitiva, después de analizar, desde la perspectiva de la crítica literaria, *Camino, Surco, Forja, Santo Rosario, Vía Crucis* y las *Homilias*, concluye que en San Josemaría Escrivá: "Hay una persistente genialidad en su escritura, aunque él no haya sido esencialmente un escritor" (p. 124)

E. F.